



EL AMOR, MANDAMIENTO NUEVO

Paulino Sahelices González, OSA

EN la realización del plan de Dios, el acontecimiento más importante es la venida de su Hijo al mundo. Lo dice san Juan, y dentro de un contexto de amor, porque en otro distinto sería imposible entenderlo: *"En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él"* (1 Juan 4, 9-10). *"Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único..."* (Juan 3, 16-17).

Siguiendo la misma dirección, afirma el Concilio Vaticano II: "Cree la Iglesia que la **clave**, el **centro** y el **fin** de toda la Historia humana se hallan en su Señor y Maestro. Afirma además la Iglesia que bajo la superficie de lo cambiante hay muchas cosas permanentes, que tienen su último fundamento en Cristo, quien existe ayer, hoy y para siempre" (Constitución sobre la Iglesia en el mundo actual 10). Y más adelante: "Sólo en Cristo se esclarece verdaderamente el misterio del hombre" (íd. 22). De estas afirmaciones se puede concluir que lo que distingue a los cristianos de aquellos que no lo son es su adhesión a la persona de Cristo. Cristo es el Dios visible (Juan 1, 14), el Dios que tiene nombre (Mateo 1, 21). El motivo de su venida y de su vida fue el amor. Y el amor es la señal de su presencia en cada uno de sus seguidores y en la comunidad cristiana. Por consiguiente, se puede concluir con san Agustín: "En Cristo lo tenemos todo" (Sermón 261, 8).

En nuestro mundo, que se distingue, entre otras cosas, por el olvido o la negación de los principios fundamentales, la dispersión y la confusión de lo esencial con lo secundario, es necesario volver al Evangelio y escuchar a Cristo. De un modo especial, sus enseñanzas sobre el amor, para que no nos perdamos en tantas leyes, normas y tradiciones» Los judíos tenían 613 mandamientos: 248 positivos y 365 prohibitivos (La Sagrada Escritura, BAC, n. 207, p. 238). Si nos desconectamos de Cristo, puede sucedernos a nosotros lo mismo. Además, si el cristiano quiere ser comprendido y aceptado en el mundo de hoy, tiene que izar su bandera del amor y ser consecuente con lo que anuncia.

I. EL TESTAMENTO DE JESÚS

EN el tema del amor, el autor preferido de Agustín es san Juan. Por eso en sus escritos se encuentran citados muchos textos del Evangelio y de la primera Carta del apóstol He aquí dos de los más fecundos:

"Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros como yo os he amado. En esto conocerán que sois mis discípulos, en que os amáis unos a otros" (Juan 13, 34-35).

"Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos permaneceréis en mi amor; lo mismo que yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros y vuestra alegría llegue a su plenitud. Éste es mi

mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado. Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido; y os he destinado para que vayáis y deis fruto y vuestro fruto dure. De modo que lo que pidáis al Padre en mi nombre, os lo dé. Esto os mando: que os améis unos a otros" (Juan 15, 9-17).

En el comentario que hace san Agustín a los capítulos correspondientes del Evangelio se pueden descubrir muchas aplicaciones. La siguiente reflexión es un breve resumen.

San Juan comienza el relato con estas palabras: *"Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo"* (Juan 13, 1); o como traducen otros autores: *"al final les demostró la plenitud de su amor"*. San Juan habla de una fiesta, una despedida y una persona que ama hasta la locura; o dicho de otro modo: de una persona que se despide de sus amigos aprovechando la celebración de una fiesta. En las despedidas es donde suceden las cosas más sorprendentes y maravillosas. Y la de Jesús no fue una excepción. Se puede leer en el Evangelio de san Juan. Es la narración más larga de todo el Evangelio; más que la pasión y resurrección juntas. La despedida de Jesús llena cinco capítulos, del 13 al 17, y es de lo más llamativo. Como en todas las despedidas de personas que se quieren y se aman, Jesús habla continuamente de amor: está cenando y está hablando de amor; camina hacia el Huerto de los Olivos y va hablando de amor; sabe que su "hora" ha llegado y continúa hablando de amor, de la necesidad de permanecer unidos, de que no les olvidará, de que les enviará el Espíritu Consolador y de que volverá pronto para no separarse de ellos nunca más.

Jesús habla de amor, sólo de amor. Pero no un amor que se queda en palabras, simples deseos o buenos propósitos, sino un amor que se confunde con las obras, las pruebas y los dones, porque el amor verdadero lo da todo; hasta la misma vida. Con razón decía san Agustín, comentando precisamente el Evangelio de san Juan: sólo los que aman pueden entenderlo: "Encuentra una persona que ame y entenderá. So que digo, porque si hablo a alguien que no ama, no entenderá nada" (Tratados sobre Evangelio de San Juan 26, 4)

Recordemos la escena como la imaginaba san Agustín (Tratado sobre la primera Carta de San Juan 10, 9): Un padre en su lecho de muerte, rodeado de sus hijos, que esperan conocer su última voluntad. Imaginémosnos que allí estamos también nosotros. Jesús nos llama "hijos" y se dispone a entregarnos su testamento. Como es natural, estamos inquietos y deseosos por conocer su contenido, lo que nos va a decir a cada uno. Abramos el Evangelio de san Juan, busquemos y leamos con respeto y veneración



el capítulo 13, versículo 34: "Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros como yo os he amado. En esto conocerán que sois mis discípulos, en que os améis unos a otros".

Cada uno deja en su testamento lo que tiene. Jesús no tenía casa, ni propiedades, ni dinero (esas cosas que a veces son origen de tantos problemas entre los herederos). Jesús nos dejó todo lo que tenía y en abundancia: su amor, que es lo mismo que decir su persona. Y ¿no es esto lo que más necesita el mundo de hoy? Por eso, porque se trata del testamento de Jesús, del mandamiento nuevo, deberíamos leerlo y meditarlo con frecuencia. Tenerlo como un espejo, en el que nos mirásemos todos los días.

"Os doy un mandamiento nuevo". Un día se acercó a Jesús un doctor de la ley y le hizo esta pregunta: Maestro ¿cuál es el mandamiento principal de la Ley? Y Jesús le respondió: amarás al Señor tu Dios... (Marcos 12, 28s.). La novedad no consiste en el amor a Dios o en el amor al prójimo, sino en que Jesús ha encarecido el valor del amor al prójimo y al mismo prójimo, es decir, a todas las personas, no importa la raza, el color, el sexo, la estatura, etc. Todos somos prójimos, hermanos (Sermón 90, 7). Más todavía, en algunos textos, el amor al prójimo parece tener preferencia; por ejemplo, en éstos de san Mateo, en el capítulo 5º: "Si cuando vas a poner tu ofrenda sobre el altar, te acuerdas allí mismo de que tu hermano tiene quejas contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar y vete primero a reconciliarte con tu hermano". Y en el capítulo 25, en el que nos recuerda que Dios nos pedirá cuenta de este mandamiento de amarnos unos a otros: tuve hambre... tuve sed... estuve en la cárcel...

"Que os améis unos a otros como yo os he amado". Tenemos el mandamiento, la obligación de amar al prójimo. Pero ¿cómo? Aquí está otra de las novedades del testamento de Jesús, del mandamiento nuevo. Existen muchas clases de amores, pero el cristiano tiene que amar como nos amó y nos ama Jesús. El amor cristiano tiene un orden, una dirección, una medida. Son las señaladas por Jesús en sus actuaciones y en sus enseñanzas. Amar es "darse"; no tanto dar cosas, sino darse uno mismo. ¡Cuántas veces confundimos el amor con las cosas, los regalos! A veces, ¡hasta intentamos comprarlo! Son muchos los cristianos a quienes les gustaría quedarse con Dios y con el mundo. Quieren amar a Cristo, pero sin privarse de nada; pretenden amar a Dios, pero no queriendo saber nada de las necesidades del prójimo. Así no fue como nos amó Jesús. Es algo curioso, observaba san Agustín: **"Cuando te pisan un pie es la lengua la que se queja. Muchos cristianos quieren besar el rostro de Cristo; pero, no se dan cuenta de que le están pisando los pies, es decir, están ofendiendo al prójimo, a los hermanos, que son los pies del Señor"** (Sermón 137, 2).

"En esto conocerán todos que sois mis discípulos, en que os améis unos a otros". En nuestra sociedad todo es correr de reunión en reunión, de consulta en consulta..., buscando fórmulas mágicas, que no existen. Olvidamos que Jesús, hace ya muchos siglos, nos dio la solución: "en esto conocerán todos que sois mis discípulos". Éste es el milagro, y que está a nuestro alcance. ¿Queremos de verdad que el mundo se convierta? ¿Queremos que

terminen las guerras, el terrorismo, el hambre, los odios, las venganzas, las enemistades? Cumplamos el mandamiento nuevo de Jesús. Más todavía, hoy que nos lamentamos tanto de la escasez de vocaciones a la vida sacerdotal y consagrada, ¿queremos que aumenten? Entonces, amémonos unos a otros como Jesús nos ama.

El segundo texto es también muy rico en enseñanzas. Jesús les cambia el nombre de "siervos" por el de "amigos" (Tratados sobre el Evangelio de San Juan 85, 2), insiste en la necesidad de permanecer unidos, les recuerda una vez más su mandamiento nuevo y la necesidad de que lo cumplan si quieren permanecer unidos a él. Más todavía, se trata de una unión más profunda con el Padre y el Hijo a través del amor; unión que produce una gran alegría. Es lo que san Juan expresa al comienzo del capítulo, en la alegoría de la vid (Juan 15, 1-8).

PARA EL DIÁLOGO

- ¿Hay alguna diferencia entre el mandamiento nuevo y los mandamientos de la Ley de Dios?
- ¿Piensas que el mundo de hoy exige a los cristianos testimonios más visibles?
- ¿Cómo se compaginan con el mandamiento nuevo tantas normas, prácticas, devociones, etc.?

II. AMOR DE DIOS AL HOMBRE

EN las Confesiones, Agustín habla de Dios y del hombre; pero no por separado, como lo han venido haciendo muchos de sus estudiosos, sino juntos: caminando, dialogando, colaborando. Agustín no tenía miedo de ser "aniquilado" por Dios por acercarse demasiado. ¿Por qué? Pues, porque lo que acerca o separa no es la distancia corporal, sino el amor. Es la "lejanía" o "separación" del amor (el desamor o amor desordenado) lo que hay que temer.

En este diálogo, no es necesario repetirlo, Dios siempre lleva la delantera, y además los interlocutores no se sitúan en el mismo plano. Pero esto no disminuye ni resta nada el valor o dignidad del hombre; todo lo contrario. El amor verdadero es siempre caminar subiendo. Por eso, mientras más crece el amor, más valor adquiere el hombre.

1. CÓMO ES EL DIOS DE AGUSTÍN

El punto de partida o arranque del hilo conductor es Dios. Según san Agustín, Dios es el valor constitutivo más profundo del hombre, y el fundamento más sólido de nuestra esperanza y grandeza: **"más profundo que lo más íntimo mío y más elevado que lo más grande mío"** (Confesiones 3, 6, 11).

Dios es el origen, la fuente de todo amor verdadero. Hablar del amor y no hacer referencia a Dios es como hablar de un río sin manantial y sin agua. Por eso Agustín sacaba la conclusión de que el error sobre el amor es un error sobre Dios, y viceversa. Y también que en espiritualidad éste es el error de consecuencias más graves, porque es error de principio que va creciendo. Fue lo que comenzó a descubrir en su búsqueda: **"Lo que**



pensaba de ti no eras tú, sino un vano fantasma. Mi error era mi Dios" (Confesiones 4, 7, 12). Y más adelante: **"La causa principal y casi única de mis errores era el tener una idea equivocada de Dios"** (Confesiones 5, 10, 19). Se trata de una observación muy acertada, que revela una vivencia y un gran conocimiento de las personas. Se lo decía a la gente en uno de sus sermones: A veces decimos de Dios tales cosas que no nos atrevemos a decir las de nosotros mismos (Sermón 113, 2). Al comienzo de las Confesiones encontramos la explicación: El que no conoce a Dios, fácilmente se expone a invocar lo que no es Dios (Confesiones 1, 1, 1). Es decir, el que no conoce al Dios verdadero, tiende a inventar dioses.

Las conclusiones que se podían sacar de estas afirmaciones, tanto para la espiritualidad como para la pastoral, son muchas. La primera, y que resume las demás, es que del concepto que tengamos de Dios, así será el que tengamos de nosotros, de los demás, de la sociedad y también de nuestro modo de actuar (un Dios-Juez, un Dios-lejano, un Dios-veleta, un Dios-Amor...).

No entra en este cuaderno hacer una exposición, pero considero necesario profundizar un poco, porque en cristiano no se puede hablar del amor sin saber quién es Dios. En los escritos de san Agustín se encuentran muchas respuestas a las preguntas de cómo o quién es Dios. Por ejemplo.

Dios-Belleza. "¡Tarde te amé, Belleza siempre antigua y siempre nueva!" (Confesiones 10, 27, 38). Éste es un aspecto muy importante. Dios, que es Belleza, y la belleza de lo creado como "esplendor" de la bondad de Dios. Ha sido un gran acierto el de B. Háring al introducir este apartado en la Moral. Y es que, como escribe al comienzo: "Una moral situada bajo la ley de la gracia es por su misma naturaleza una moral de belleza y de creatividad" (Libertad y fidelidad en Cristo, Ed. Hélder, 1982, II, p. 120). En el pensamiento agustiniano no es posible entender el amor sin la belleza, la bondad y la verdad. Es la trilogía que buscaba Agustín. La encontró cuando encontró a Dios.

Dios-Misericordia. Dice Agustín que el adelantarse de Dios se llama misericordia. Es lo que hace el amor (Comentarios a los Salmos 58, 2, 11). **"¿Quieres saber hasta dónde llega la misericordia de Dios? Ámale"** (íd. 32, II, 2, 28). El amor es el "lugar" correcto para entender la misericordia y la corrección. Así como ha sido un error tratar de explicar la gracia al margen del amor, también lo es con relación a la misericordia, la humildad y la libertad. ¿Consecuencias? Unos conceptos muy pobres de gracia, misericordia, humildad, libertad, etc. En Agustín no es posible, porque hay que partir del amor. La gracia es el amor gratuito de Dios. Y la misericordia, el amor de Dios curando al hombre.

Agustín habla también de Dios- Felicidad, Dios-Verdad, Dios en sí mismo, Dios-Trinidad, etc. Pero, como hemos afirmado en la reflexión anterior, nos quedamos con Dios-Amor. Teniendo como trasfondo un texto agustiniano (Sermón 34, 1-3), escribe Jesús M^a Lecea sobre la afirmación "Dios es amor": *"En el amor divino hay una vertiente interna que muestra lo que Dios es en sí y otra externa que se manifiesta en lo que llamamos la Historia*

de la Salvación o historia del amor de Dios a los hombres. La revelación versa principalmente sobre la segunda: Dios se manifiesta en la historia como el que ama al hombre salvándolo; la reflexión cristiana a través de un constante proceso de interiorización ha formulado que Dios es así, es decir, amor porque siempre se ha manifestado en la historia de los hombres amando" (Seguimiento de Jesús en el amor en medio de este mundo, rev. Confer, n. 78, abril-junio 1982, pp. 393-394).

Ojeando los muchos textos sobre este tema que se encuentran en la obra agustiniana, llaman la atención los de la segunda vertiente, y que son la mayor parte. Dios es Dios para el hombre (el "Dios-con-nosotros"). Y porque es amor, es luz, dulzura, vida, salvación, belleza, alegría, etc.

"Lo propio de Dios es dar (como el amor). A él no le da nadie, porque no hay nadie mejor que él" (Sermón 13, 3). Con la debida distancia, se podía decir de Dios lo que Agustín escribe de sí mismo: "mi peso es mi amor, adondequiera que voy, soy llevado por el amor" (Confesiones 13, 9, 10).

2. DIOS NOS AMA

"Dios es amor". Por eso nos ama siempre. Y no de un modo general o abstracto, sino cuidando de cada uno como si no tuviera más de quien cuidar (íd. 3, 11, 19). Y no un día o durante una temporada, no hoy mucho y mañana poco. Dios nos ama siempre y en grado sumo: "hasta el fin" (Tratados sobre el Evangelio de San Juan 55, 2). Para nuestro bien, Dios no puede dejar de amarnos, ni poner límites a su amor. Continúa amándonos, aunque nosotros no le amemos a él.

Tan importante es este apartado, que Juan Pablo II escribe: *"¡El hombre es amado por Dios! Éste es el simplicísimo y sorprendente anuncio del que la Iglesia es deudora respecto del hombre. La palabra y la vida de cada cristiano pueden y deben hacer resonar este anuncio: ¡Dios te ama!"* (Los fieles laicos 34).

3. DIOS NOS HACE AMABLES

"Dios es amor" y Dios nos ama. Pero el amor de Dios no se reduce a un simple deseo o sentimiento. Llega hasta donde no puede llegar ningún otro amor: hasta hacernos "amables", es decir, hacernos "capaces" de amar y de ser amados. Esta capacidad no significa solamente "posibilidad", sino también "necesidad" y "creatividad". Yo "puedo", pero también "necesito". El hombre tiene necesidad de amar y ser amado. Fue una de las primeras cosas que descubrió Agustín: que el hombre no puede vivir sin amar. Es la razón de la búsqueda agustiniana. Y de la amistad.

Éste es el fundamento más "original" y más rico de la espiritualidad agustiniana, y me atrevería a decir de todo su pensamiento. Naturalmente, aquí me refiero a la dimensión espiritual. Pero éste es un elemento también imprescindible en la antropología y la gnoseología agustinianas. La espiritualidad las supone. Afortunadamente, muchos teólogos modernos han aprovechado este fundamento, llegando hasta hacerlo punto de partida de sus estudios sobre la gracia (ver, por ejemplo, Leonardo Boff, Gracia y liberación del hombre, Ed. Cristiandad, 1978, p. 227; Piet Fransen, en Mysterium Salutis, IV/2, p. 887; González Faus, Proyecto de



hermano, pp. 501 y 558, y el Catecismo católico para adultos, publicado por la Conferencia Episcopal alemana, BAC, 1989, p. 272).

He aquí algunas afirmaciones de san Agustín: Dios nos ha hecho "amables" y por eso amamos (La Trinidad 9, 12, 18); fuiste amado primero para que te hicieras digno de ser amado (Sermón 142, 5); fuimos amados para que pudiéramos amar (ib. 74, 4); fuimos amados para que recibiéramos el amor con que amamos a Dios (La gracia de Jesucristo y el pecado original 26, 27). Y todas las veces que Agustín cita el texto "El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones...", que es uno de los textos bíblicos más citados en sus escritos.

Es importante notar que éste es el amor de que más habla Agustín. Un amor que es "don" y por consiguiente no procede de nosotros. Pero que Dios nos lo da para que le amemos. El hacernos "amables" significa que este amor tiene la fuerza para crecer. Se podía decir que es algo parecido a lo que san Lucas describe en las parábolas del "grano de mostaza" y de la "levadura" (Lucas 13, 18-21), que ya llevan en sí la fuerza y la vitalidad transformadoras. Lo que necesita es la "tierra", la "masa" para crecer y dar fruto. Por eso, aunque el amor con que amamos a Dios nos lo da Dios gratuitamente, también es fruto nuestro (Tratados sobre el Evangelio de san Juan 87, 1).

Este fundamento es clave en espiritualidad. No tenerlo en cuenta es pretender edificar sobre el vacío. Porque sin este amor no es posible ni la oración, ni la alabanza, ni el culto verdadero, ni siquiera la verdadera amistad. Por eso, si queremos que tengan valor, debemos procurar que nazcan de este amor y sean alimentados por él. Agustín mismo dice que el hombre ha sido creado "laudable" (Sermón 29, 1). Y dice más: que Dios se dignó alabarse a sí mismo; se hizo amable, se hizo asequible y nos llena de su Espíritu para que le alabemos (Comentarios a los Salmos 144, 1); nos "asaetea" para hacernos "amantes" (íd. 119, 5).

Como es el fundamento más profundo y más sólido, es también la razón más convincente para eliminar toda sospecha de pesimismo. El que ama de verdad no puede ser pesimista. Uno no puede amar y ser al mismo tiempo "profeta de calamidades", que diría Juan XXIII.

También se podía considerar como el fundamento más sólido para un auténtico ecumenismo. Partiendo de esta base común, es como mejor se podría apreciar el crecimiento de la semilla.

Por consiguiente, y a modo de conclusión:

"Dios es amor", "Dios me ama", es el fundamento de la espiritualidad agustiniana. Y no sólo por lo del amor, sino también por lo de Dios; por los dos, que en realidad es uno. Un amor que no estuviera enraizado en Dios, ¿hacia dónde nos conduciría? Y un Dios que no fuese amor ¿de qué nos serviría?

"Dios es amor" es la fuente de nuestro amor a Dios, a nosotros mismos y al prójimo. Dios nos amó primero. Y de su amor brota el nuestro. Si amamos, es porque Dios nos ha amado y nos sigue amando. Si buscamos, es porque Dios nos ha buscado antes. Si oramos, es porque él ha prometido escucharnos y ayudarnos.

"Dios es amor" es el modelo. Dios es comunión de amor. Su voluntad es que vivamos en comunión, como hermanos. El amor fraterno es el camino para llegar a Dios. Amando a los hermanos, le amamos a él. Y esto porque él se hizo "camino" y "hermano". Desde entonces, el amor

es esencialmente "caminar". Tiende siempre a construir senderos y puentes, a unir y a igualar, pero elevando. ¿Cómo si no podríamos imitar o seguir a quien nos amó primero, a quien camina delante?

Por último, partiendo de este comienzo (Dios amor, Dios comunidad de amor), el acento no hay que ponerlo en la acción, la eficacia, sino en el ser, la intención (fundamentada), la búsqueda, las actitudes, etc. Lo dice el mismo Agustín: "la búsqueda habla más que el hallazgo" (Confesiones 12, 1, 1). La fuerza del cristiano, y sobre todo del religioso, no está en predicar ni en hacer cosas, sino en ser y en practicar.

PARA EL DIÁLOGO

- ¿Qué concepto o idea tienes de Dios? ¿Quién es Dios para ti?
- ¿Cuál es la prueba más grande de que Dios nos ama? Nuestra existencia, la venida de su Hijo al mundo, la gracia, la naturaleza...
- ¿Conoces alguna fuente más abundante que la de "Dios-amor"?

III. AMOR DEL HOMBRE A DIOS, A SÍ MISMO Y AL PRÓJIMO

"Un letrado se acercó a Jesús y le preguntó: ¿Qué mandamiento es el primero de todos? Respondió Jesús: El primero es: 'Escucha, Israel, el Señor nuestro Dios es el único Señor: amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser'. El segundo es éste: 'amarás a tu prójimo como a ti mismo'. No hay mandamiento mayor que éstos" (Marcos 12, 28-31).

Para dar más actualidad al texto evangélico, podíamos imaginarnos la siguiente ambientación: tiempo de exámenes, de repaso, de preocupación, de incertidumbre y hasta miedo. En el capítulo 12 san Marcos reúne una serie de preguntas que hacen a Jesús los distintos representantes de grupos judíos. Una pregunta sobre política, un tema tan escurridizo (12, 13-17); otra sobre la resurrección de los muertos, un tema tan difícil de entender (12, 18-27) y una tercera sobre leyes, la red tejida de tantas normas, ritos y tradiciones de la que era casi imposible escapar (12, 28-34). Se trataba, pues, de preguntas difíciles, como las que hacen algunos profesores que quieren "pillar" a sus alumnos.

¿Cómo respondió Jesús? Según el mismo san Marcos, sorprendiendo a todos (12, 17). Incluso, haciendo una pregunta, que no supieron responder (12, 35-37). Con ello quedaba claro quién era el Maestro y quiénes los alumnos. En el caso que nos atañe, se trata de un maestro de la Ley, que había oído las respuestas de Jesús y le habían parecido buenas (12, 28). Se acerca a él y le hace la pregunta: "¿Qué mandamiento es el primero de todos?"



(12, 28). En la respuesta no sobra ninguna palabra, y cada una de ellas encierra una lección.

"Escucha, Israel". Es una cita del Antiguo Testamento. Con ella quiere decir al que pregunta: la respuesta la tienes en el libro; sólo tienes que leer, "escuchar". ¡La necesidad de escuchar en un examen! Y en la vida también. ¡Cuántas respuestas equivocadas porque no se escuchan las preguntas! ¡Cuántos caminos equivocados porque no se escuchan los consejos!

"El Señor, nuestro Dios, es el único Señor". Es la verdad básica. El fundamento de las afirmaciones que siguen. Si Dios es el único Señor, sólo él puede exigirlo todo. No hay lugar para los ídolos, sean de la clase que sean: piedras, personas y hasta vicios. Al hombre siempre le está acechando la tentación del orgullo, la riqueza, el afán de poder, etc. Por eso nunca debe olvidar esta verdad fundamental.

Este principio es básico también en el apostolado. Aplicable al pastor, cuyas ovejas no son suyas, sino de Cristo, como Agustín repetía continuamente; y a los fieles que, a veces, hacen las cosas por las personas y no por Dios. **"El vicio que más deben evitar quienes apacientan las ovejas de Cristo, es buscar sus propios intereses y no los de Jesucristo, convirtiendo en utilidad propia a aquellos por quienes derramó su sangre Cristo"** (Tratados sobre el Evangelio de San Juan 123, 5).

Una vez puesto el fundamento, lo demás se sigue como consecuencia:

"Amarás al Señor tu Dios". Es más que un mandato y una obligación. Dios nos exige mucho más. "Dios es amor". Y el amor propiamente no se manda. ¿Quién puede obligarnos a amar? A hacer algo externo, sí. Pero amar es mucho más. Es darlo todo, incluido uno mismo. Dios lo quiere todo... porque nos lo ha dado todo. Y así lo explica a continuación:

- "Con todo tu corazón": todos tus sentimientos; le amarás más que a todos los seres queridos tuyos.
- "Con toda tu alma": con toda tu vida; todo lo que hagas.
- "Con toda tu mente": todos tus pensamientos.
- "Con todo tu ser": con todas tus fuerzas, como traducen otros. Se refiere a lo que uno es y tiene. A Dios hay que amarle totalmente. Es la observación que hace san Agustín al comentar este pasaje: las especificaciones tienen la finalidad de abarcar todo lo que es, tiene y hace la persona; que todo quede incluido en este precepto del amor (La doctrina cristiana 1, 22, 21)

"El segundo es éste: amarás a tu prójimo como ti mismo. No existe mandamiento alguno mayor que éstos". El doctor de la Ley le había preguntado por el primero, pero Jesús añade el segundo. Lo cual quiere decir que el mandamiento más importante no es uno, sino dos. Esta afirmación de Jesús dignifica al hombre, porque aunque no le ponga en el mismo nivel que a Dios, sí pone el amor, que viene de la misma fuente.

San Agustín lo captó perfectamente. Por eso decía a los fieles: **"Recordad siempre, hermanos, estos dos preceptos. Y no solo cuando yo hablo o hago mención de ellos. Jamás se deben borrar de vuestros corazones. Pensad siempre, siempre en absoluto, que se debe amar a Dios y al prójimo: a Dios, con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente, y al prójimo como a uno mismo".** Esto es lo que hay que pensar siempre, meditar siempre, recordar siempre y cumplir siempre. El amor a Dios es lo primero que hay que predicar, y el amor al prójimo lo primero que hay que practicar" (Tratados sobre el Evangelio de San Juan 17, 8).

San Marcos cierra el capítulo 12 con dos ejemplos que simbolizan dos reacciones distintas a las enseñanzas de Jesús. Por una parte, la reacción de los letrados (fariseos, saduceos, maestros), y por otra, la de una viuda (los pobres, los humildes, los sencillos). La primera es rechazada por Jesús porque obran por egoísmo, soberbia, ambición y afán de sobresalir. Las expresiones son claras: "pasearse con amplio ropaje", "buscar los asientos de honor". La segunda es alabada, por el desprendimiento, humildad y pobreza de corazón: "los demás han echado de lo que les sobraba, mientras que ésta dio todo lo que tenía". Es lo que hace el amor.

1. EL AMOR DEL HOMBRE A DIOS

Si Dios nos hace "amables" y nos ama tanto, ¿qué excusas puede inventar el hombre para no amar a Dios? Tenemos que admitir que la raíz principal de las dificultades y problemas del hombre está en el hombre, por no amar a Dios en el orden señalado por el mismo Dios. "Amados, amémonos unos a otros, ya que el amor es de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios; el que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor" (1 Juan 4, 7-8). Y comenta san Agustín: "¿qué más puede decirse, hermanos, en alabanza del amor? Si nada más se dijese en todas las páginas de la Escritura, y solamente oyésemos en voz del Espíritu de Dios: 'porque Dios es amor', nada más deberíamos buscar". Y continúa el comentario, sacando esta sorprendente conclusión: "Ved, pues, que obrar contra el amor es obrar contra Dios" (Tratado sobre la primera Carta de San Juan 7, 4-5). Efectivamente, el amor, como Dios, es uno solo. Es semilla y fruto. Es fuente y es río. Es don y es tarea. Por eso no podemos amar a Dios si no amamos al prójimo. "No podemos ser buenos si no es por el amor" (Tratados sobre el Evangelio de San Juan 87, 1).

1. 1. El hombre

Si en espiritualidad el concepto que tengamos de Dios es fundamental y define nuestro estilo de vida, no lo es menos el que tengamos del hombre (la antropología). En el pensamiento agustiniano caminan juntos. El hombre no puede dar un paso sin Dios; pero el conocimiento y el amor de Dios lo tiene que expresar el hombre a su modo y en su lenguaje (La ciudad de Dios 17, 6, 2).

Tampoco aquí es nuestra intención hacer una exposición de la antropología agustiniana. Solamente anotar algunas observaciones que puedan ayudarnos a profundizar en la espiritualidad.



En la obra agustiniana es fácil darse cuenta de que Agustín, en este tema, sigue un proceso semejante al que apuntábamos anteriormente con relación a Dios. Lo primero que encontramos es una serie de definiciones del hombre que podíamos calificar de "clásicas" o heredadas. Pero esas definiciones le dejan insatisfecho. Por eso no se queda en ellas. Agustín profundiza, investiga, se examina a sí mismo. Y ¿qué es lo que descubre? Pues unos elementos que le conducen a definir y entender al hombre de otro modo. Para él el hombre es:

- *Un ser unitario: "consta de cuerpo y alma", pero ninguno por separado constituye el hombre.*
- *Un ser en tensión; "se hace" dentro de una dialéctica existencial.*
- *Un ser en continua búsqueda; esta dimensión necesitaría un apartado especial por el lugar destacado que ocupa en el pensamiento agustiniano y también por las consecuencias prácticas: si el hombre es búsqueda, quiere decir que también lo son la fe, la oración, el amor..., la espiritualidad. Hablar de "perfección" es hablar de tender hacia la perfección.*
- *Un ser misterioso. Agustín lo define como "pregunta", "problema", "abismo", "capacidad", etc.*

1.2. El hombre es amor

Pero, sobre todo, es un ser creado a "imagen de Dios". Por consiguiente, también se puede decir que es amor, y que su misión es ordenar y gobernar lo creado, liberar, amar, etc. Hablando de Dios Agustín encontraba el fundamento de todo en la dimensión del amor: "porque Dios es amor". Y hablando del hombre, también se podía repetir que el fundamento es: "porque el hombre es amor". No por sí mismo, sino por Dios, que nos ha hecho así. Nos hizo "amables", es decir, abiertos al amor y al diálogo. Hizo al hombre, se atreve a decir Agustín, "**capaz de Dios**" (La Trinidad 14, 4, 6).

2. AMOR DEL HOMBRE A SÍ MISMO

Es uno de los apartados del pensamiento agustiniano que sorprenden por una doble razón: por ser un tema repetitivo y porque en el pasado apenas se insistía en él. Más bien había sido un filón olvidado. Hoy aparece hasta en el Catecismo de la Iglesia Católica: "El amor a sí mismo constituye un principio fundamental de la moralidad" (n. 2264). San Agustín lo razona del modo siguiente. Es imposible que el hombre se desconozca totalmente a sí mismo. Y lo mismo con relación al amor: no hay hombre que no se ame a sí mismo. En lo que insiste es en que este amor esté enraizado en Dios. Se podía, pues, decir que en san Agustín el amor a sí mismo está unido al amor al prójimo y que en este sentido el primer prójimo es uno mismo.

Los textos son muchos:

"La contextura de la mente humana es tal, que siempre se recuerda, siempre se conoce y siempre se ama... El que sabe amarse, ama a Dios, el que no ama a Dios aunque se ame a sí mismo, en realidad no se ama" (La Trinidad 14, 14, 18).

"Aunque son dos los preceptos, en realidad es uno solo: 'amarás a tu prójimo como a ti mismo'. Fijaos lo reducido que está, y todavía somos perezosos. Ved que eran dos y se han reducido a uno. Ama al prójimo, y ¡te basta! Pero ámalo como te amas a ti mismo, no como te odias a ti mismo. Ama a tu prójimo como a ti mismo, pero lo primero es que te ames a ti mismo" (La doctrina cristiana 6, 5).

"Amando a Dios se ama uno a sí mismo, y así puede amar con provecho al prójimo como a sí mismo" (Comentarios a los Salmos 118, 27, 6).

"El amor al prójimo comienza por el amor a uno mismo" (Sermón 278, 8).

"No hay necesidad de dar un precepto para que el hombre se ame a sí mismo y ame también a su cuerpo; es una ley inviolable de la naturaleza" (La doctrina cristiana 1, 26, 27).

El mayor peligro del amor a uno mismo podría ser el orgullo. En la práctica es una tentación continua. Y podría convertirse en realidad si no se guarda el orden del amor. Sin embargo, cuando el hombre está convencido de que en la raíz está Dios y le ama, el peligro desaparece. Al amor correcto de uno mismo sigue la autoestima, madurez, pensar positivamente de los demás, disfrute de la vida, paz, etc. Con la humildad ha sucedido algo parecido. En el pasado se tenía un concepto muy pobre porque se partía de un supuesto equivocado.

3. EL AMOR AL PRÓJIMO

También en este mandamiento Agustín parte del Dios-Amor. Por eso se detiene e insiste en la unión del amor a Dios y al prójimo; en el amor a uno mismo, que es propiamente el comienzo; en el amor al prójimo, que es el camino para llegar a Dios; en quién es el prójimo; en la medida del amor al prójimo; y en que el amor al prójimo es el fundamento de las relaciones humanas, es decir, de la paz interior y exterior. Según Pablo VI, "el signo de los tiempos es el amor al prójimo" (24 de diciembre de 1974). Es lo que predicaron san Juan y san Pablo. Y lo que repetía san Agustín (La disciplina cristiana 5, 5). En el obispo de Hipona la perfección personal y la preocupación por mejorar la sociedad (la fraternidad) van unidas. El cristiano no puede encerrarse en sí mismo, pensando en que sólo Dios basta. La razón más convincente es que Dios no piensa ni actúa así. Él, que es Amor, decidió estar con los hombres (Dios-con-nosotros).

Como el tema es de los más importantes, los textos son también numerosos:

"Si no ves a Dios es porque no tienes amor. Y no lo tienes porque no amas al hermano" (Tratado sobre la Primera Carta de San Juan 9, 10).

"Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros" Veis que ninguna otra cosa se nos manda si no es que nos amemos unos a otros" (íd. 6, 9).

"Cuando el Señor nos manda amar al prójimo como a nosotros mismos, no debemos entender por 'prójimo' al que está cerca de nosotros por la sangre el (parentesco), sino al que está cerca por la sociedad de la razón, en la cual todos los hombres somos socios" (Carta 155, 14).



"La medida del amor al prójimo es el amor a nosotros mismos" (Contra la mentira 6, 9).

"Cada uno ama al prójimo como a sí mismo si ama a Dios, porque el que no ama a Dios, tampoco se ama a sí mismo" (Tratados sobre el Evangelio de san Juan 87, 1).

"Esto es lo que nos enseña y se aprende en la casa de la disciplina (la Iglesia): a amara Dios y al prójimo" (Sermón sobre la disciplina cristiana 3,3).

"El amor al prójimo es como el nido del amor de Dios" (Las costumbres de la Iglesia católica 1, 26, 5).

"No hay camino más seguro para llegar a Dios, que el amor al prójimo" (íd. 1, 26, 48).

PARA EL DIALOGO

- ¿Qué concepto o idea tienes del hombre, de la persona humana?
- ¿Cómo podemos demostrar a Dios que le amamos?
- ¿En qué sentido se dice que "obrar contra el amor es obrar contra Dios"?
- ¿Nos ve la gente hoy día a los cristianos como testigos del amor?

IV. NO SER FIELES AL AMOR

ES conocido por todos lo mucho que san Agustín habla del pecado. Es una de las facetas de su pensamiento que contrastan con la "modernidad", la cual se caracteriza, entre otras cosas, por el intento de hacer desaparecer del hombre todo rastro de culpabilidad. En los escritos del Obispo de Hipona se encuentra abundante materia sobre este tema. También una descripción detallada de la vida y del proceso que sigue el pecador. Y lo hace con tanta viveza que, cuando uno lee el número 13 de la constitución del Vaticano II, Sobre la Iglesia en el mundo actual, lo del abuso de la libertad, inclinación al mal, ruptura del orden debido, división interior del hombre, lucha, incapacidad, necesidad de ayuda, etc., y la primera parte del 19: la vocación del hombre, el diálogo con Dios, el amor de Dios, etc., parece que está leyendo a san Agustín.

Algunos autores se sienten un poco desilusionados por esta insistencia. Yo también lo estaría si no supiera que Agustín habla más de Dios, de la gracia y del amor. Precisamente, porque habla mucho del amor y de la gracia, habla también del pecado. No porque lo exija la gracia (no pueden existir juntos), sino porque Agustín es un pastor y tiene siempre en cuenta la realidad. El que se decide por el estilo de vida que exige el amor cristiano, sabe que el camino es "estrecho", que no tiene marcha atrás y que hasta se le puede pedir la vida. El que no comprenda la gravedad del pecado, esto es, del egoísmo, la corrupción, la venganza, la violencia, la opresión, la injusticia, etc., es porque no ha experimentado la grandeza del amor de Dios.

Hoy se repite que el hombre es grandeza y miseria. Y pocos lo han experimentado como Agustín. Pero la

pregunta que él se hacía era más bien ¿por qué el hombre, habiendo sido creado en tanta grandeza, puede llegar a caer en tanta miseria? (La Trinidad 14, 12, 15-16). La respuesta correcta no parece ser otra que ésta: porque el hombre ama poco o ama mal. Cuando sucede esto tiene lugar una "ruptura", un "desorden", una "desobediencia"; es el pecado. Como escribe un autor moderno: "La mayor crisis de nuestro tiempo, que culmina en el final de este segundo milenio, no es primordialmente una crisis económica ni política, es nuestro exilio lejos de nuestras raíces espirituales. Nos ha ocurrido una gran desgracia: hemos expulsado a Dios, Aliento de nuestro aliento" (Stan Rougier, ...porque el amor viene de Dios, Sal Terrae, 1991, p. 47).

En los escritos de Agustín se encuentran muchas "definiciones" de pecado. Algunas son muy conocidas porque han sido recogidas por los catecismos. Por ejemplo, estas dos: "**Pecado es un hecho, un dicho o un deseo contra la ley eterna**" (Réplica a Fausto, el maniqueo 22, 27); pecado es "**alejarse de Dios**" (aversio), **que es el Creador supremo, y abrazarse (conversio) a las criaturas inferiores**" (*Cuestiones diversas a Simpliciano 1, 2, 18*). Lo que ocurre con estas definiciones es que, con frecuencia, se sacan del contexto y se interpretan de un modo externo, casi legalista. Sin embargo, en san Agustín las dos se encuentran dentro del "orden" y del "amor".

En conclusión, que lo primero que habría que tener en cuenta al hablar del pecado es el amor, o mejor, desamor. El pecado consiste en amar mal o en no amar lo que se debe amar (omisiones), o en amar menos de lo debido. Separado del amor, el pecado no tiene sentido.

PARA EL DIÁLOGO

- La pregunta que el sacerdote hace a los padres y padrinos en la celebración del bautismo: "*Al pedir el bautismo para vuestro hijo, ¿sabéis que os obligáis a educarlo en la fe, para que este niño, guardando los mandamientos de Dios ame al Señor y al prójimo como Cristo nos enseña en el Evangelio?*"
- ¿Por qué muchos cristianos no son fieles al compromiso que hicieron el día de su bautismo? ¿Qué es lo que muchos padres buscan al pedir el bautismo para sus hijos?

PARA ORAR CON SAN AGUSTÍN

¡Tarde te amé,
hermosura tan antigua y tan nueva,
tarde te amé!

El caso es que
Tú estabas dentro de mí
y yo fuera,
y por fuera te buscaba;



y como me encontraba vacío
de hermosura,
me precipitaba hacia estas cosas hermosas
que Tú creaste.

Tú estabas conmigo,
pero yo no estaba contigo.

De este modo,
me retenían lejos de ti aquellas cosas que
no podrían existir
si no estuvieran en ti.

Pero Tú
me llamaste,
me gritaste
y rompiste mi sordera;
brillaste, resplandeciste
e hiciste huir mi ceguera;
derramaste tu perfume,
lo aspiré y ahora suspiro por ti;
me diste a gustar de ti
y me muero de hambre y sed;
me tocaste
y me abraso en la paz que procede de ti.

(Confesiones 10, 27, 38)